

los muy viejos ó heridos que presienten su muerte inmediata. Segun Hensel, es cosa divertida el ver cómo un mono viejo enseña en estas ocasiones á los hijuelos casi adultos, que sobrecogidos de terror saltan sobre sus espaldas para escapar mas pronto del peligro, á valerse de sus propias fuerzas: les da un bofetón, y les hace ver que no es obligación de un mono padre de familia, salvar aquellos que por sí mismos lo pueden hacer.»

El aullador, continúa Hensel, posee una gran resistencia vital, y aun cuando haya recibido heridas que harían caer de los árboles á cualquier otro animal, huye de tal modo que parece sano.

Ví una vez en una manada un macho muy grande de color claro, casi amarillo, y deseé poseerlo. La primera bala hirió al animal en un muslo á la raíz de la cola, lo que le impedía abandonar el árbol; la segunda le atravesó el vientre, de modo que los intestinos le salían casi un palmo: la tercera le cogió la parte superior del estómago y un poco del pecho; no permitiendo la altura del árbol y los movimientos del animal hacer una puntería segura, la cuarta bala le tocó en la garganta, pasó por el ángulo de la mandíbula inferior y destruyó la laringe, sin que el pobre mono, que á cada bala había contestado con un fuerte gruñido, cayese.

Al fin una perdigonada bien dirigida acabó con sus padecimientos; esta tenacidad, este apego á la vida, no se observa generalmente sino en los animales carnívoros y nunca en los herbívoros.

El aullador, aun herido de muerte, escapa algunas veces al cazador, sobre todo cuando se le ha tirado con perdigones, puesto que, si bien cuando pierde de pronto el conocimiento, cae del árbol, en cambio, si tiene tiempo, enrosca la punta de su cola á una rama delgada, y aun despues de muerto, queda en esta posición, hasta que un fuerte viento le desprende la cola de la rama. Por esto se reconoce que, el movimiento de agarrarse con dicho apéndice, es de propia voluntad; mas que el quedarse colgado, depende del mecanismo especial de su cola. Todos los monos de cola enroscada tienen en la parte inferior de la punta de esta, un pedazo liso y pelado de la misma estructura y con la misma aspereza que la palma de la mano. Al colgarse el mono, da dos vueltas con la cola, una por encima de otra, al rededor de la rama; la parte lisa se adhiere á la corteza del árbol que por su aspereza impide que la cola se resbale. De esta manera se puede colgar de un bastón un mono muerto, del mismo modo que se cuelga uno vivo, y solo cuando á causa del balanceo, la segunda vuelta se desprende de la primera, cae el animal.

Nuestras mejores escopetas no se pueden comparar con la terrible, y sin embargo tan sencilla, arma de los indios, la cerbatana. Por eso los pieles-rojas matan con mucha mas facilidad que nosotros á los aulladores, y á pesar de la grandísima habilidad con que manejan su arma, prefieren siempre subirse á un árbol, desde donde envían la pernicioso flecha á la tranquila manada. En una gran parte del Paraguay son muy perseguidos los aulladores, porque su piel es muy buscada y la carne un buen bocado para los indios.

El doctor Francia mandó un día preparar mas de cien granaderas con las pieles de los monos aulladores negros; tambien sirven para formar bolsas, sillas de caballo, etc.

Muchos viajeros, entre ellos el príncipe de Wied, se han alimentado durante mucho tiempo, casi exclusivamente, con la carne de los aulladores, y aseguran que tiene muy buen gusto y que da un caldo excelente. Sin embargo, en todos los casos tiene este alimento algo de repugnante, sobre todo cuando los indios introducen el mono desollado en la caldera, ó le fijan en un palo puntiagudo para asarle. Véase lo que sobre esto dice Schomburgk: «El que ve por primera vez un

asado de esta especie no puede menos de experimentar un asco invencible y no le es posible desterrar la idea de que asiste á un festín de caribes que se disponen á devorar un niño. El estómago se revuelve, por poco delicado que sea, y se necesita una gran fuerza de voluntad para hincar el tenedor en semejante vianda.»

Humboldt confirma estas palabras, diciendo lo siguiente: «La manera de asar estos animales antropomorfos contribuye mucho á que la operación sea repugnante para el hombre civilizado. Se fija en el suelo, á un pié de elevación, una especie de parrilla de una madera muy dura; se dobla el cuerpo del mono desollado como para sentarle, y se le extiende entonces sobre aquella de modo que se apoye sobre sus largos y delgados brazos, ó bien se cruzan estos sobre la espalda. Luego se enciende una hoguera, y la llama y el humo rodean el cadáver, asándole y ahumándole al mismo tiempo. Cuando se ve á un indígena comerse el brazo ó la pierna de uno de aquellos monos, no puede uno menos de pensar que la costumbre de alimentarse con los animales cuyo cuerpo se parece tanto al del hombre, debe contribuir á que los salvajes sientan menos repugnancia por la carne humana. Los monos asados, sobre todo los que tienen la cabeza redonda y grande, se parecen á los niños, y por esto los europeos que comen de esos cuadrumanos, mandan quitar los miembros, no utilizando mas que el tronco. La carne de mono es tan seca y tan magra, que á Bonpland le ocurrió conservar en su colección de París un brazo y una mano que se habían asado en Esmeralda, y al cabo de algunos años no tenían el menor olor desagradable.»

En muchos países de la América del Sur los europeos no comen la carne de mono, pues la consideran como el alimento mas despreciable; pero á los indios, por el contrario, les gusta mucho, y constituye para ellos su principal alimento.

DOMESTICIDAD.—Rara vez se trata de domesticar á los monos aulladores, porque esto ofrece grandes dificultades. Rengger solo ha visto dos cautivos que tenían poco mas de un año: alimentábanlos con diversas hojas de árboles, que preferían á toda otra comida, y aseguraba su guardian que el maíz, la yuca y la carne les hacían daño. Su carácter era triste y desagradable, pues siquiera de índole cariñosa y dócil, nunca se les veía alegres. Por regla general, permanecían en un rincón con la cabeza inclinada sobre el pecho; colocaban las manos anteriores sobre las rodillas, ó apoyábanlas en el suelo lo mismo que las posteriores, y arrollaban con la cola sus piernas de modo que cayese sobre los brazos. En esta posición permanecían horas enteras hasta que el hambre les obligaba á buscar su alimento, en cuyo caso andaban lentamente apoyándose en sus cuatro piés, sin correr ni saltar sino muy raras veces, observándose que no podían tenerse derechos mas que un instante. Sus sentidos eran, al parecer, muy delicados; elegían cuidadosamente el alimento, oían y veían muy bien y demostraban muchas veces que su tacto era muy fino. Su inteligencia parecía bastante limitada; no fijaban la atención en su guardian mejor ó con preferencia á los extranjeros, ni querían aprender tampoco habilidad ninguna. Sin embargo, el príncipe de Wied habla de otros aulladores domesticados que profesaban mucho afecto á sus amos y lanzaban gritos lastimeros cuando los abandonaban un solo instante; pero su pereza, su carácter melancólico, y los gritos y gruñidos que dejaban oír con frecuencia, desagradaban á todo el mundo, incluso su propio dueño.

El único método de coger á los aulladores, dice Hensel, es matar á las madres, que llevan todavía en brazos á sus hijuelos, sucediendo á veces, que estos ni con el tiro, ni con la caída, reciben daño alguno, cayendo ilesos en poder del cazador.

Siendo muy difícil descubrir el pequeño cuando huye con la madre, muy rara vez se cogen aulladores; además son los animalitos á veces tan jóvenes, que sería menester un cuidado extraordinario para mantenerles vivos. Habiendo obtenido un día un aullador tan joven que parecía componerse solamente de una cabeza gorda y de largos brazos y piernas excesivamente flacas, le puse con una perra perdiguera, cuyos hijos no tenían mas que ocho días. A pesar de que la perra gustaba mucho de la carne de mono, parecía conmoverse con la voz lastimera del huérfano y sufrió su presencia sin incomodarse. Desgraciadamente eran sus tetas demasiado grandes para la pequeña boca del monito, y este no podía cogerlas por mas esfuerzos que hacia. Además no quería quedarse en la cama como los cachorros, sino que se agarraba siempre con sus escuálidas, pero fuertes manos, al pelo de la perra; de modo que esta saltaba muchas veces fuera del cubil, intentando, si bien en vano, desasirse de él. Me ví obligado al fin á matar el animalito para no dejarle morir de hambre. En otra ocasión en que pude proporcionarme leche, otro monito que obtuve la bebía con mucho gusto en una cuchara de café que cogía él mismo é intentaba llevársela á la boca; pero tambien hube de matarle porque cada día enflaquecía mas y mas por falta de calor. Es notable el vigor con que estos animales jóvenes pueden retener un objeto una vez cogido. Cuesta mucho trabajo hacerles soltar la ropa, y cuando llegan á agarrarse á las barbas, creen estar en brazos de la madre y se sujetan con sus largos dedos de tal modo, que uno no puede quitárselos de encima sino á costa de sacrificar no pocos pelos, resistiéndose además el mono con grandes gritos.

No creo que estos animales, encerrados en una jaula y puestos en un jardín zoológico, puedan hacer gala de todas sus facultades y divertimos con sus juegos; para eso sería menester edificar una casa á propósito, ó reservarles un grande espacio en el jardín, con árboles aislados, donde ellos estuviesen al aire libre, y este espacio cercado con una gran empalizada, sin ningun saliente por la parte interna al que el mono pudiese agarrarse; creo que la altura de dos metros sería suficiente, puesto que este animal es poco saltador. Lo mas propio para estos animales sería un árbol frondoso, rodeado de un grupo espeso de pinos; pues esto les daría ocasión de elegir, segun la hora del día y el tiempo, un sitio mas cálido ó mas fresco; quizás tambien se resolverían á instalarse en una cabaña que se hubiera hecho en el árbol, ó al menos á buscar en ella abrigo contra la lluvia y el frío.»

Yo por mi parte considero la proposición de Hensel imposible de poner en práctica, pues, segun todas las pruebas hechas, no podemos deducir de la duración vital de un animal en estado salvaje, la que pudiera tener domesticado.

Opino, por consiguiente, que á lo mas en los calurosos días de verano se les podría proporcionar el placer de dejarles trepar á los árboles, pero de noche deberíamos darles una habitación bien caliente para dormir. En las casas de monos del jardín zoológico de Lóndres vivía hace algunos años un mono aullador, que en apariencia gozaba de buena salud; pero nunca dejaba oír su voz y se distinguía en este punto muy desventajosamente del semnopiteco, de cuya magnífica voz me he ocupado ya. Otro individuo de la especie de los aulladores ha llegado vivo en estos últimos tiempos á manos de uno de nuestros primeros comerciantes de animales.

LOS ATELES — ATELES

CARACTÉRES.—Los ateles se caracterizan por su cuerpo flaco y la longitud considerable de sus miembros raquí-

cos; si se prescinde de su agilidad y viveza, son los monos de largos brazos del antiguo continente. El naturalista que primero los llamó *Monos-arañas*, eligió muy bien el nombre, pues una sola mirada basta para reconocer su analogía con aquellas.

A fin de caracterizar mejor los ateles, bastará recordar que tienen la cabeza pequeña, la cara sin barba, los pulgares anteriores rudimentarios, y la parte inferior de la cola prehensil y desnuda.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los ateles viven en la América meridional hasta los 25° de latitud Sur.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Su vida parece ser muy monótona y esencialmente igual en las diferentes especies. «Viven, dice Tschudi de acuerdo con otros naturalistas, en manadas de diez á doce individuos; á veces tambien se les encuentra á pares y no es raro el caso de verlos solos. Por espacio de varios meses notábamos que un mono solitario de este género estaba siempre en el mismo punto: cuando fué muerto vimos que era un macho de mediana edad.

Las manadas se descubren á sí mismas por el continuo pero leve rumor que producen en las ramas, las cuales saben apartar muy hábilmente para avanzar con el menor ruido posible. Heridos, lanzan unos gritos agudos y retumbantes é intentan huir. Los mas pequeños no se separan de la madre, y aun despues de muerta, se agarran á ella y la acarician mucho tiempo; y cuando está ya rígida y se queda colgada de la rama de un árbol con la cola enroscada, es por consiguiente muy fácil coger á los hijuelos. No cuesta trabajo el domesticarlos; son afables, confiados y dóciles, pero no viven mucho tiempo en cautividad. Con mucha frecuencia padecen de diarrea y de lepra, en cuyo caso se quejan y sufren mucho.

Las especies de este género se distinguen poco unas de otras; sin embargo, es menester representar á varias de ellas por medio de grabados para explicar las variadas posiciones que toman estos animales.

EL ATELES COAITA — ATELES PANISCUS

EL ATELES MARIMONDA — ATELES BEELZEBUTH

De los ateles que viven en Guayana, dos son los mas frecuentes: el coaita (fig. 72) y el marimonda ó aru (fig. 73).

CARACTÉRES.—El primero es uno de los mayores de su género; su longitud es de 1^m.25, inclusa la cola que mide mas de la mitad; la altura hasta los hombros es de 0^m.40. El pelaje es áspero, levantado sobre la frente en forma de cresta, de color negro azabache, solamente rojizo en la cara; la piel es oscura, y en las plantas de los piés y las palmas de las manos, negra. Un par de ojos castaños y vivos dan á la cara de estos monos una expresión agradable.

EL ATELES CHAMEK — ATELES PENTADACTYLUS

En Quito, en el istmo de Panamá y en el Perú es el chamek (fig. 74) el tipo de los ateles; tiene una longitud de 1^m.30, deduciendo de esta mas de la mitad que mide su larga cola; su pelaje es negro oscuro y la mano está provista de una epifisis en el sitio del pulgar.

EL ATELES MIRIKI — ATELES CERIOIDES Ó BRACHYTELES HYPOXANTHUS

CARACTÉRES.—El príncipe Maximiliano de Wied es

quien nos ha dado á conocer este mono, el mayor de todos los aulladores. Alcanza 1^m.30 de largo; tiene el cuerpo robusto, la cabeza pequeña y el cuello corto; y sus miembros, gruesos tambien y largos, están cubiertos de un pelo lanoso. El color del pelaje es comunmente de un amarillo leonado, y algunas veces gris claro; la parte interna de los miembros suele ser menos oscura; la cara es pelada y de un pardo negro durante la juventud, mientras que en los individuos viejos se cambia en un gris oscuro por los lados, siendo en el centro de un color rojo de carne. El pulgar de las manos anteriores consiste en un simple tubérculo desprovisto constantemente de uña.

EL ATELES DE BARLETT — ATELES BARLETTII

El mas bonito de todos los ateles es sin duda el mono con diadema de oro, descubierto hace poco tiempo por Barlett, hijo, en el oriente del Perú y llamado en honor de su descubridor Ateles de Barlett.

CARACTÉRES.— El rico, largo y suave pelaje de este mono tiene sobre toda la parte superior, un color negro muy oscuro; una faja, que lleva en la frente es de color de oro; las patillas blancas; la parte inferior del cuerpo y de la cola, la interior de las extremidades y la exterior de los muslos,



Fig. 77.—EL SAKI SATAN

de un pardo amarillo, un poco mas claro que la faja, mezclado de pelos negros.

Todas las partes desnudas de la cara y de las manos son pardo oscuras. En cuanto á la estatura, este magnífico animal parece asemejarse á sus congéneres, porque ni Gray ni Barlett dan noticia alguna sobre este particular.

Barlett compró este mono á los indios en las montañas de los territorios de la mision, en la parte superior del rio de las Amazonas, no lejos de Xeberos. Los indios estiman mucho este animal. Mas adelante adquirió tambien en una pequeña poblacion india, un individuo mas pequeño, que apenas se distinguia del otro. Este mono era tambien muy considerado en dicho pueblo. Sobre estos dos ejemplares se funda el conocimiento de la especie.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN DE LOS ATELES.—Humboldt, Maximiliano de Wied y Schomburgk nos han facilitado detalles acerca de la vida de los ateles cuando están libres.

Estos monos atraviesan los grandes y elevados bosques de las partes bajas de la Guayana, en grupos de seis á doce. Cada familia sigue tranquilamente su camino en busca de alimento, sin ocuparse de los animales inofensivos que encuentra. Los ateles no viven sino en las regiones bajas y habitan las selvas descubiertas de las alturas.

Aunque sus movimientos tienen cierta lentitud, son rápidos si se comparan con los de los aulladores: la considerable extension de sus miembros es embarazosa para trepar; pero sus largos brazos les permiten dar grandes pasos, merced á lo cual, su marcha puede ser bastante rápida para fatigar al

que los persigue antes de alcanzarlos. Son muy ágiles en los árboles, trepan bien, y hasta llegan á saltar algo, aunque imprimiendo á sus miembros extraños balanceos cuando se mueven. Por lo general no abandonan la rama donde están sentados sin que su cola encuentre antes un apoyo. Se ven á menudo bandadas enteras, cuyos individuos todos aparecen suspendidos de dicho órgano formando los mas extraños grupos. Muchas veces tambien, los individuos de la familia están sentados ó recostados con cierto abandono sobre las ramas, calentándose al sol, con la cabeza echada hácia atrás, los brazos cruzados sobre la espalda y la vista dirigida al cielo. Avanzan trabajosamente por la tierra, tanto que da pena verlos andar; su paso vacilante es en sumo grado incierto, y su larga cola, que se balancea inquieta de un lado á otro con el fin de restablecer el equilibrio, contribuye mucho á que sean mas inseguros los movimientos. Ningun observador europeo ha visto aquellos monos en el suelo, y hasta el príncipe Maximiliano de Wied asegura que cuando gozan de completa salud, solo bajan de los árboles en el caso de no poder apagar la sed de otro modo.

La propagacion no parece estar subordinada á una época fija del año, al menos, dice Schomburgk, que en todas las manadas que encontraba, habia siempre algunos pequeñuelos que sus madres llevaban mas veces debajo del brazo que á cuestas. Creo inútil, despues de lo dicho anteriormente, añadir una palabra mas sobre el amor maternal de las hembras.

CAZA.—En las ricas selvas vírgenes, los ateles, que se contentan con hojas y frutas, no pueden hacer daño á nadie. Sin embargo, se les caza sin compasion. Los portugueses

utilizan sus pieles y los salvajes comen su carne, prefiriéndola varias tribus de indios á la de cualquier otra caza. Estos últimos se reunen en gran número, y emprenden expediciones en que se matan centenares de ateles. Durante la caza, se examinan cuidadosamente todas las copas de los árboles y se observan todos los indicios. La voz de aquellos monos, débil en comparacion con la de los aulladores, es sin embargo bastante fuerte para descubrirlos desde lejos. Cuando estos inofensivos hijos del bosque divisan á sus mas peligrosos enemigos, huyen precipitadamente, avanzando, con una ligereza desesperada, sus miembros y su cola, y agarrándose con esta á las ramas para mover su torpe cuerpo. A veces tratan los pobres perseguidos de espantar á los cazadores con sus mue-

cas y gritos; pero tambien sucede que, cuando ya han muerto algunos de la manada, los otros se atemorizan de tal modo que andan á la ventura sin pensar en huir. Los que están heridos no pueden retener sus orinas y excrementos, los cuales son en este caso como una papilla de color verdusco. Los que lo están mortalmente se agarran con la cola á las ramas, donde quedan suspendidos, hasta que la muerte, haciendo perder la fuerza á los músculos, ocasiona la caída del cuerpo.

«Uno de nuestros indios, dice Schomburgk, trajo un coaita muerto, que habia sacado de una manada.

»Este es sin duda uno de los monos mas feos, y cuando los cazadores le chamuscaron inmediatamente despues de su

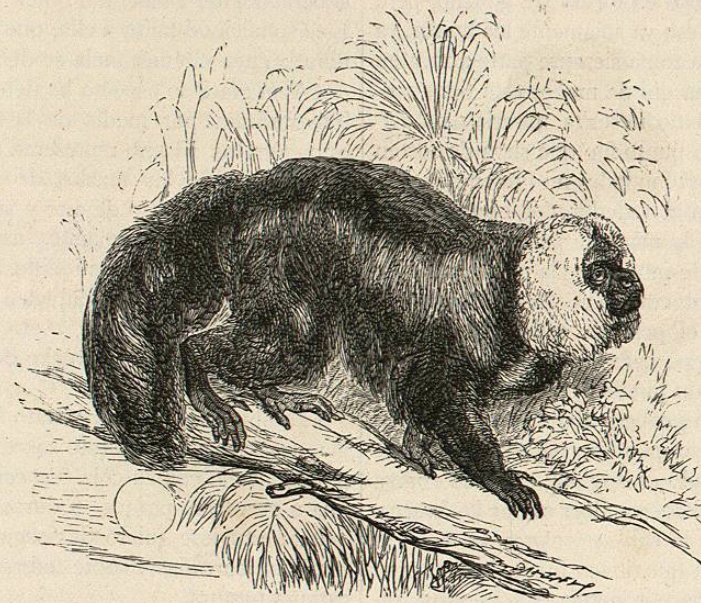


Fig. 78.— EL SAKI DE CABEZA BLANCA

llegada para prepararle para su cena, me sorprendió tanto su semejanza con un niño negro, que tuve que volver el rostro para no dejar conocer mi aversion. La pretension de los indios de que estos monos, cuando son perseguidos, arrancan ramas secas y frutas y las arrojan contra sus enemigos, ha sido confirmada por Goodall, que habia tomado parte en la caza.»

DOMESTICIDAD.—Schomburgk llama á los ateles feos y asquerosos, siempre que hace mencion de ellos, y opina que los indios no se resuelven á domesticarlos á causa de su exterior desagradable. Sin embargo, puedo decir que si éste naturalista hubiese mantenido en cautividad una vez siquiera á estos animales tan despreciados por él ó si les hubiera observado en su vida íntima y familiar, les habria cobrado aficion, á pesar de su exterior deforme y de la extraña forma de sus extremidades, ó al menos habria cambiado de opinion. Desgraciadamente son todavia muy raros en nuestros jardines zoológicos, si bien se traen cada año varios individuos á Europa. Nuestro clima los mata muy pronto, á pesar de los mayores cuidados. Por esta razon no los he podido observar sino muy corto tiempo, y por eso dejo á mi colega Schmidt hablar por mí.

«Cuando los ateles descansan, se sientan con las rodillas levantadas, el pecho apoyado sobre estas y muchas veces con la cabeza muy pendiente; de modo que la cara está cerca del suelo y los hombros forman el punto mas alto de toda su figura. La cola rodea los piés; los codos llegan casi al suelo y los antebrazos están colocados cómodamente encima de los

piés, ó cruzados delante del pecho. Raras veces andan por tierra llana, y aun esto en muy poco trecho, notándose, á primera vista, que este modo de andar está en oposicion con su naturaleza. Por lo regular caminan á cuatro patas, apoyándose en la cola, que, á medida que avanzan, se enrosca en las ramas á la altura de toda su longitud; en este caso no tocan al suelo con las palmas de las manos, sino con el dorso de las mismas.

Una de las especies se apoya únicamente en los huesos de las articulaciones de los dedos, mientras que la otra lo hace sobre el dorso de las terceras articulaciones de las manos, llevando las puntas de los dedos levantadas hácia arriba. Este animal tiene, al andar, los codos hácia fuera, y la base de la mano hácia dentro, lo que hace su modo de caminar muy extraño. Si añadimos á este retrato, que el animal encorva demasiado el espinazo, é inclina la cabeza en tales términos que casi toca al suelo, podemos decir que nos causa una impresion, como si le viéramos caer á cada momento. Algunas veces, especialmente cuando están de buen humor, caminan sobre las manos, encorvan el espinazo, echan el vientre hácia delante, y levantan la cola en forma de una S, y entonces apenas se agarran con la cola á las ramas de los árboles ni se apoyan con ella en el suelo.

Muy á menudo cruzan los brazos sobre la cabeza ó los levantan al aire, formando la parte superior, que se extiende en línea horizontal, un rectángulo con el antebrazo que se eleva verticalmente, y en este caso, tienen las manos con las palmas hácia dentro; les gusta mucho apoyarse así sobre una